

SED DE SUEÑO EN LA OBRA DE PABLO MORA

Julio César Arboleda

No hay duda que ser poeta en estos tiempos, corroídos por la descomposición, es una aventura apasionante y riesgosa, tanto como la audacia de Argo, que se supone la primera nave lanzada a la mar en busca de asombrosos horizontes. La poesía, tierra desconocida, es un reto y una conquista, una manera de confrontar el mundo, tratando de asirlo mediante la palabra; sin embargo, como bien lo dice Pavese, "la fuente de la poesía es siempre un misterio, una inspiración, una conmovida perplejidad frente a algo irracional (tierra incógnita)"

Hemos tratado de internarnos, fundamentalmente, en tres textos de Pablo Mora (Santa Ana - Táchira, 1942): "*Almácigo*" (San Cristóbal, 1978), "*Almácigo 2*" (Barcelona, España, 1980) y "*Almácigo 3*" (Caracas, 1982). Pero además abordamos: "Canto a la Guitarra" (Santa Ana, 1984) y algunos escritos sueltos como los homenajes al Bicentenario del Nacimiento del Libertador, así como a "Zaranda" en sus Cien Lluvias. Y, en este acercamiento, hemos sido partícipes de las variaciones que ha experimentado su obra poética, para alcanzar su máxima expresión, el desarrollo de una temática y una obsesión. Hay un trasfondo filosófico que se refleja en su concepto peculiar del sueño, la muerte, la existencia humana y el mundo. La directriz, el tema predominante es el sueño, el cual página tras página va cobrando una densidad asombrosa, hasta el punto que desencadena una obstinación —feliz, poéticamente—, una sed intensa de soñar; empero, esta temática se incorpora en una totalidad todavía mayor, donde se acogen

otros temas recurrentes como la libertad y el destino de la patria, la política, el recuerdo, el desamor, los recursos naturales, la geografía del país, los viajes, la soledad, etc., todo lo cual nos confirma la necesidad de lo expresado por Rilke, en el sentido de que "los versos no son sentimientos sino experiencias. Para escribir un verso hay que haber visto muchas ciudades, hombres y cosas".

La poesía de Pablo Mora transcurre desde lo cotidiano, atravesando los espacios de la realidad apprehendida en su contradicción. Aquí no se trata del alegato moralista contra la "maldad" de la explotación y de los explotadores. Ese alegato que ha sido el patrimonio de un cierto realismo insípido no puede ir más allá de las categorías de la moral oficial-oficializada: tan sólo reproduce y vivifica esa visión y quehacer-en-el-mundo contra la que pretende ejercer una función (contestataria).

"*Almácigo*" es, para ser franco, un texto de pocos poemas bien logrados y de muchos versos y hasta poemas que caen en el campo de la redundancia, del olvido absoluto por la anécdota, que se limitan a dar simplemente expresión al escudriñamiento que hace el autor de la vida. La mayoría de los títulos no son, tampoco afortunados: es una terminología propia del Algebra y la Trigonometría, que en última instancia y contrariamente a la impresión inicial, se van distanciando de la idea central de cada trabajo poético. No obstante en estos escollos del lanzamiento, hay un exquisito aliento poético no superado en trabajos ulteriores. Sí, poemas como "Postulado" tienen una vena singular de poesía, se observa en cada verso un vigoroso y ostensible intento de manejar el lenguaje, de urdirlo con destreza. Hay una sencillez en la palabra, en la escritura, que nos hace verdaderamente degustar los versos, que nos hace oler los contenidos, como el pan y el vino, con placer. Allí se recupera en el lenguaje la realidad del espantoso despertar para repetir los gestos y la rutina del día anterior: "Ese tener que ir con nuestra sombra a cuestras/y esperar la noche recostado al día/y emprender codo a codo la subida/e ir jugando con la misma muerte". De otra parte, podemos apreciar que el sueño aquí está enfocado siempre al porvenir del hombre, a la paz cuya luz vendrá por las montañas, esperanza ésta que no deja alargarse. "¿Cuándo por fin vendrá la primavera?. Lo cierto es que: "A la hora de la verdad, a tiempo/se cumplirán los sueños". Al hombre de lo poco que le queda es el sueño, nos dará a entender más adelante: "Fuera de la vida/fuera de vivir a medias/no queda sino el sueño/aunque para muchos/el sueño es la única muestra de la vida". De ahí aquel Manifiesto peculiar, en donde se exalta al insomnio, a la vigilia permanente, publicado en Diario Pueblo el 28 de febrero de 1983.

Almácigo 2 conlleva una novedad en la composición sobre todo, porque las ideas y los temas, en relación con el primer libro, casi nunca varían tanto como se reafirman, se reiteran; el poeta se pregunta más, independientemente que el autor lo haya dividido en tres partes. La novedad, o más bien, el intento de poetizar se da en dos niveles. El primero hace referencia al manejo del soneto, poco usual en los poetas de hoy día, junto a la sobriedad que denota en el trabajo del verso de once sílabas. El segundo nivel parece derivarse del primero, y se refiere al apego al léxico, inevitable en la rima, y la interacción de símbolos como el azul y el rojo: "mi muerte azul", "el azul del sueño". En estos poemas, Pablo recorre a menudo rasgos de su niñez y sus dilemas de adulto; la vida interior del poeta en relación con los seres exteriores. De esa manera, sus textos son evocaciones de regiones y de momentos de la infancia, la escuela, hasta decir: "me

desvelo en el sauce de mi vida/pulsando el agridulce del recuerdo". Es motivo de placer escribir acerca de su origen campesino y las raíces de sus Andes, el cerro y la colina. Del mismo modo canta a los lugares y personajes más cercanos, desde San Cristóbal hasta España, desde Bolívar hasta Vallejo y Jesús, lo cual denuncia una vena fuerte de sensibilidad, pero también es cierto que siempre lo hace desde la perspectiva de su propia concepción de la historia y el mundo y de las cosas queridas, es decir, alejándose del canto romántico propio de los poetas idealistas y oficiales. Hay, de otro lado, poemas bien logrados como "Muerte", "Moriencia", "Ser" y otros en los cuales se refiere a la ilusión del ser, a la situación lúgubre del hombre, a la "implacable historia/de resistir por cuotas su existencia". "Arco de soledad, en mí subsiste/una esperanza sólo pasajera", siempre erguido en la certeza absoluta que al hombre le ha de llegar su aurora, que habrá de cristalizarse el sueño: "Riscos tras riscos, con el mismo empeño/de encontrar el fulgor de nuestro sueño". En fin, acierta al fundir vida y muerte, entendiendo que vivir es morir a plazos, lentamente: "¿Por qué vivir de mano con la muerte?" se pregunta; aunque ya, en el primer *Almácigo* sabía eso de "tener que morir mientras se vive/tener que vivir mientras se muere/tener que soñar mientras se vive"

El *Almácigo 3* está compuesto, a excepción de su parte final, de textos breves, como volutas, a veces una sola frase, en veces un solo verso; pero, eso sí, muchos bellísimos, que se traducen en el logro de la acechada madurez poética y que perfilan un tono, una escritura propia, unido todo esto a un pensamiento más lúcido, más cuestionante. Aquí ya Mora maneja una palabra personal, distintiva, que es a lo que debe apuntar la mira de todo poeta. "Yo que hasta ahora he tenido un Dios/tan grande, tan grandioso/quiero encontrarme con uno que sea pequeño, pequeñito/para llevarlo a pasear con los niños/de un olvidado barrio de mi pueblo". Esto lleva a otra manera de decir las cosas, de hacer poesía y la que, a mi parecer, mejor maneja este autor, la forma más directa de la verdadera poesía, mucho más que el soneto, el cual, aunque casi siempre está bien manejado, no deja de anquilosar esa extraordinaria energía poética que posee Mora. La idea, aquí, es magistralmente producida: "Nosotros que exprimimos los segundos/de nuestros días/y que apretamos los hilos del tiempo/en los peldaños del aire/apenas probamos la pulpa del deseo". Cuando el poeta reflexiona, sorprende la manera de abreviar, alejándonos de tanto verso superfluo que ronda en libros anteriores. "Nacimos/¿pero es que vivimos?/Apenas respiramos"

En últimas, fresco el lenguaje. Ya no hay urgencias de composición. No hay forzamientos como cuando trabaja con el soneto. Hay posibilidad de imaginación, de pensamiento. Hay consciencia literaria. Es evidente la hondura y la síntesis del último verso. Siempre el adverbio de lugar, aquí, nos anuncia versos provocativos: Aquí/asoleando mi tristeza/a ver si me la quema el sol temprano". En este orden de ideas, el Mora de la palabra propia y madura nos evoca al mismo Vallejo y a Neruda, sobre todo en la manera de asumir el compromiso de estar vivo y de entender la vida como una lucha constante, una entrega permanente por alcanzar el deber inalienable de saber ser hombre: hombre comprometido consigo mismo, con su pueblo, con su historia.